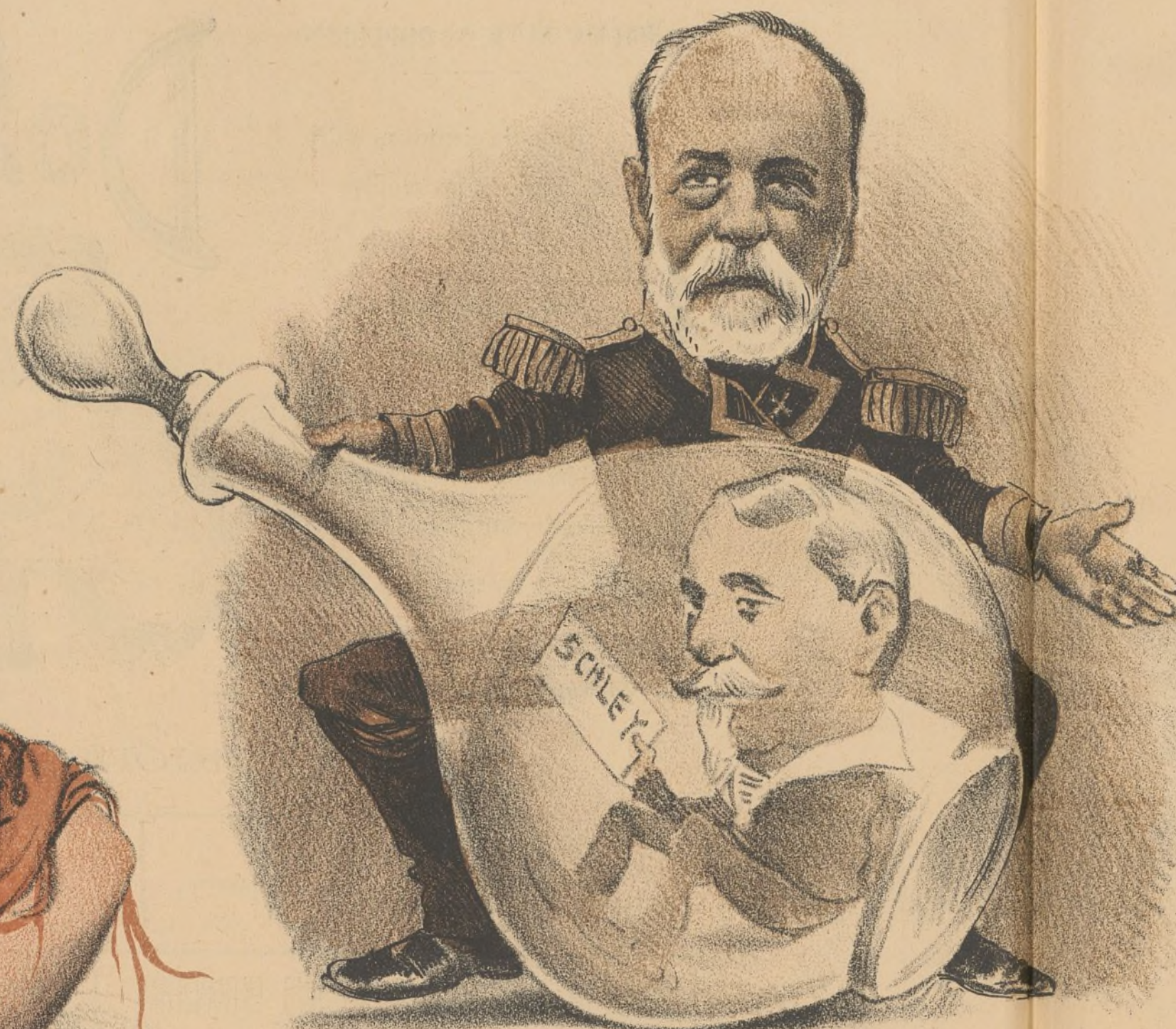


DON QUIJOTE



—No sirves ni para desahucarme



Yo sí que te tengo embotellado.



Y siguen las descalabradas.



La situación de Dewey



¡Que se la corte! ¡Que se la corte!



Los mamones



Hace como que se va y vuelve.



—¡Pa tí si te descuidas!

Ayuntamiento de Madrid

Aunque muchos hijos tiene,
de la guerra es partidario,
y es porque á todos sus hijos
los libra de ser soldados.

Sampson tiene muchos buques;
Cervera con pocos cuenta;
en cambio á Sampson le falta...
¡lo que le sobra á Cervera!

Es tan española Pepa,
que hoy, en medio de la plaza,
ha reñido con su novio
porque gasta americana.

Como dicen que en el cambio
es donde está la ganancia,
por eso unos cambian oro
y otros cambian la casaca.

VICENTE RUBIO.

LAS DOS LOTERÍAS

Un rey con cien millones de vasallos,
sintiéndose morir,
realizó la experiencia más extraña
que de reyes y céas es of.

«Antes de un mes—decía en un decreto—
bajaré al panteón,
y pues muero sin hijos, que la suerte
por azar me designe sucesor.»

El monarca pensó: La noche antes
ninguno dormirá,
en la vaga esperanza todos ellos
de ceñir á la sien corona real.

Pero el rey se engañó, siendo él el sólo
que no pudo dormir,
pues cada cual se dijo: —¡Siendo tantos,
es imposible que me toque á mí!

Dió luego otro decreto en que exigía
decapitar cruel

á aquel á quien la suerte designara
de entre todos sus súbditos también.

Entonces si acertó; la noche antes
del sorteo fatal,

en vigilia angustiosa, ni uno sólo
dejó de discurrir: ¿Me tocará?

Y es que el hombre, sabiendo que los males
son ciertos y el bien no,
al anuncio de un bien, se encoge de hombros;
y de un mal, se le encoge el corazón.

POR LA PAZ

Si; debemos á todo trance, cueste lo que cueste,
aprovechar la primera ocasión, la primera coyuntura,
el primer pretexto para negociar la paz. Tal es la aspi-
ración oculta, el pensamiento secreto de los que nos
gobiernan. Y ¡vive Dios! que esta vez, al menos, los
tales desventurados gobernantes están henchidos de
razón.

Se va sin fuerzas, sin recursos, con hambre á los em-
peños del honor. ¿Es otra cosa nuestra historia entera?
Acostumbrado está nuestro pueblo á no comer por res-
petos á la negra honrilla. De tradición es para nuestro
ejército pelear y vencer sin pan y sin zapatos. Toda
nuestra leyenda heroica se cifra en la desproporción
entre los medios y los resultados. Tres barquichuelos
descubren la América. Un grupo de mercenarios re-
beldes conquistan el imperio de Oriente. Un puñado
de aventureros audaces acaba con los Aztecas en Méjico
y en el Perú con los Incas. El mundo asombrado
sufrir el yugo de un pueblo de hidalgos hambrientos.

No se va á esas luchas desiguales, á esos empeños
locos, á esas empresas heroicas sin el calor del entu-
siasmo. La prudencia, el buen sentido no sirven para
inspirar esas acciones temerarias que por su propia in-
dole, repugnan al buen sentido y la prudencia. Es ne-
cesario que algo como una conmoción eléctrica, como
un acto de demencia exalte hasta el paroxismo las
energías del pueblo destinado á acometer y consumir
lo imposible. No fué con paños calientes como se salvó
la Francia del 93. No fué con resoluciones pacatas y
encogidas como recabó su independencia la España de
1808. Ni Girona ni Zaragoza habrían resultado pensa-
das despacio. Es inútil pedir al cálculo lo que el cá-
culo reprueba. No se vencen sin fiebres las graves crisis.
Sin fuego en el alma no van las naciones al martirio.

Masa dócil, siempre dispuesta al sacrificio, el pueblo
se dejará llevar á la lucha como la res al matadero.
Hondamente penetrados del sentimiento del honor,
nuestros ejércitos de mar y tierra, para quienes el he-
roísmo está siempre escrito en la orden del día, reno-
varán una vez más sus legendarias hazañas. Eso basta
para sucumbir gloriosamente: ¿puede bastar para ven-
cer? ¿No es necesario para alcanzar el triunfo en con-
tiendas tan desiguales que la nación entera sostenga,
anime, conforte, secunde, renueve los esfuerzos de ese
su brazo armado, que le prodigue espontáneamente
sus recursos, que nutra sus filas con sus voluntarios,
que comulgue en un mismo espíritu de sacrificio con
las fatigas, los trabajos, las privaciones, los peligros de
sus hijos que la defienden?

Las clases directoras no sienten, no quieren la gue-
rra. Culpables de las causas que han producido esta

terrible situación, rehusan participar de los efectos.
Dicelo bien claro su actitud. Dicenlo los hijos de fami-
lias acomodadas sustrayéndose al servicio de las armas.
Dicenlo los acreedores del Estado resistiéndose en es-
tas circunstancias á pagar tributo. Dicelo esa mengua-
da suscripción nacional, más crecida con el óbolo de
la pobreza que con los dones espléndidos de la opulen-
cia. Dicenlo las nubosas declaraciones de los *leaders*
que tienen esas clases en el Parlamento. Dicelo, y lo
pregona por todas partes, una opinión anónima, furti-
va, clandestina, que se insinúa, se indica, se transpa-
renta, sin tener el valor de mostrarse abiertamente.
Ante esa resistencia de los elementos directores, de
poco aprovecharía el heroísmo patriótico de los dirigi-
dos. Suponed que Sancho Panza es el amo y D. Quijote
el escudero. ¿Qué habría sido entonces de las teme-
rarias aventuras del libro inmortal?

Venga la paz y volvamos al pantano. España es vie-
ja, y en los ancianos sientan mal las calaveradas. Tor-
nemos á nuestra inmovilidad, á nuestro aislamiento, á
nuestro turno pacífico, á nuestro caciquismo. Torne-
mos á empuñar el rosario y á recitar la letanía. Y si
para reconquistar el bien perdido de esa paz fecunda
fuese necesario liquidar, como dice Silvela, los últimos
vestigios del patriotismo nacional, si fuese preciso re-
nunciar á los restos de la herencia de un glorioso pa-
sado que tanto ensalzamos y tan mal sabemos imitar,
hagamos de buen grado el sacrificio; imputando nues-
tra desgracia á los pecados del odioso liberalismo, vuel-
tos los ojos al cielo y esperando la gloria eterna.

Pero, al proceder así, reconozcamos que Salisbury no
fué en sus juicios duro, sinó más bien benévolo con
nosotros. Las naciones á las cuales no bastan á desper-
tar crisis como la presente, no son, según dijo el
estadista inglés, naciones moribundas: son naciones
muertas.

ALFREDO CALDERÓN.

LERROUX

Ayer Fernando Lozano, el valiente director de *Las
Dominicales*, hoy Alejandro Lerroux, el heroico—cono-
cemos el valor de este adjetivo—director de *El Progre-
so*. Poco á poco, sin ruido, sin escándalo, va llenándose
la cárcel de peripolistas.

No, no se «pué vivi»—como interrogaba aquel solda-
do de Cuba,—mientras el estado de guerra sea el es-
tado de derecho de todo un pueblo, llamado libre sin
duda por irrisión.

Creemos inútil hacer constar el sentimiento que he-
mos experimentado al tener noticia de la prisión de
nuestro querido compañero.

Y ya saben nuestros buenos amigos de *El Progreso*
que pueden contar con nosotros para todo.

**

Adiós, Alejandro, hasta luego.

ECOS DE ESPAÑA

Tengo sobre la mesa de redacción un espectáculo
todas las noches; un espectáculo sugestivo y hermoso
que os quiero describir. Imaginaos que llego á mi
oscuro rincón de obrero irredimible; acuestas con mis
meditaciones y angustias; he atravesado el negro Ma-
drid que hierve y que muge como un enorme animal
ciego y sordo, y quedan allá, muy lejos de mi espíritu
misantropico y sombrío, las feroces luchas de la ambi-
ción y el egoísmo, el grito raro de esta ciudad, acorde
loco y macabro compuesto por carcajadas felices y do-
lientes lamentos de derrotas; ¡estoy solo! ¡ni siquiera
oigo el hervor de la borrasca salvaje, humana!...

¡Ah, pero en seguida asalta mi rincón solitario, como
una ola blanca y reidora, un montón crugiente de
papel impreso; son mis amigos de todas las noches; es
la prensa de provincias, la prensa chiquita y alegre,
regocijada, sanota, plácida, sin hiel en el alma ni fon-
dos de víboras en el corazón! Es esa prensa inocentona
y burguesa á su manera, que viene á traerme ecos
de todos los rincones queridos de mi España; rincones
que huelen aún á tomillo y malva rosa, recuerdos de
casitas blancas, de plácidos terruños con que sueño, de
adormiladas canciones típicas que vibran en mi me-
moría lejos... muy lejos... y un girón celeste de todos
los cielos, y una nota verde de todos los campos, y un
reflejo de plata de todas las fuentes que cantan su
anacreontica eterna en las quiebras de la roca.

Leyendo la prensa de provincias oigo yo idealmente
la voz de toda la patria; es la gamma de tonos que
componen la palabra española, contándome á diario
ideales poéticos, ansiedades obscuras, esperanzas y
recuerdos.

Ahora toda la voz, toda entera, se funde en un grito
universal y gigante, un grito triste y entusiasta, con

tristeza de alegría y entusiasmo de estrofa épica: ¡La
guerra!

La guerra vibra en todo el acento patrio, viene como
un estallido de toda España; ondea sobre toda ella
como una impresión viva y ardiente la bandera de
Bailén y de Arapiles.

La guerra canta su canción de entusiasmos y de lá-
grimas en todas las casitas blancas, en todos los rinco-
nes que huelen á tomillo y malva rosa, bajo la luz de
todos los cielos, sobre la nota verde de todos los cam-
pos. ¡Yo lo sé, yo que oigo todas las noches los ecos
misteriosos de mi patria!

FLIRT.

LANZADAS

No sabemos si con eso del «silencio patriótico» nos
será permitido hablar de las extralimitaciones de la
justicia.

Pero en fin, séanos permitido ó no, ponemos en
conocimiento del señor presidente del Consejo de mi-
nistros, como jefe del gobierno, que hay un ciudadano
español que ha solicitado la nacionalidad extranjera,
harto ya de sufrir vejaciones de la gente de toga.

Y si el señor Sagasta quiere una vez en su vida
preocuparse de algo serio, nosotros ponemos á su dis-
posición una copia de la solicitud que el aludido ciu-
dadano ha dirigido al representante acreditado en esta
corte de una gran potencia, y por dicho documento
podrá ver el señor Sagasta cómo se administra justicia
en los tribunales del reino.

Y nada más por hoy.

Del Mensaje de los frailes de Filipinas:

«En todo tiempo hemos velado por la pureza de la
fe y por la conservación de las buenas costumbres, y
en nosotros han tenido siempre un severo fiscal y el
más inflexible censor las *exacciones ilegales, los cohechos,
los socallinas, los atropellos, la holganza, el juego inmoral y
la vida licenciosa ó poco morigerada*».

Todo eso puede ser verdad y no haber sucedido.

Pero oigan ustedes lo que dice la gente:

—Filipinas se perderá por los malos hábitos.

Las tentativas de los barcos yanquis en aguas de San-
tiago de Cuba no les han dado, hasta ahora, resultado
á los señores norteamericanos.

Pero lo que dirá Sampson:

—Nosotros no servimos para pelear en *aguas me-
nores*.

Los periódicos norteamericanos se ven obligados á
elogiar la conducta noble y caballeresca del general
Cervera con los prisioneros del *Merry-Mac*.

¡Señores, es que se diga lo que se diga, hay clases.

Y en algo se ha de diferenciar un español de un
yanqui.

Mac-Kinley está dispuesto á apoderarse de las islas
Hawai, si el Congreso tarda en aprobar el bill de
anexión.

Como se ve, esa caricatura de Napoleón, no se anda
en chiquititas.

Porque lo que él dirá:

—No necesito yo ningún *bill* para hacer *vilezas*.

Sigue la suscripción nacional nutriendose con el
óbolo de los pequeños.

Y Eusebio Blasco sin publicar su famosa lista.

¿Pero, á qué aguarda usted, maestro?

El ministro de Marina amenaza con ir á Cádiz á
organizar la segunda escuadra.

¡Oh, *enfant terrible*!

Mac-Kinley sigue creyendo que España no tardará
en pedir la paz, asustada de los grandes refuerzos mi-
litares y de la acción enérgica que se va á emprender
sobre Cuba y Puerto Rico.

¡*Pedíam!*

¡Eso no será verdad mientras los españoles se vistan
por los pies!

¡Hombre! ¡Hombre!

Dicen los periódicos de Valladolid que en aquella
población circulan billetes falsos de 25 pesetas.

¡Lo que son las cosas de la vida!

Y aquí, los legítimos del Banco, no circulan.

ULTIMA HORA

Ya en máquina el número, llegan á nosotros noticias
de la tragedia de Filipinas.

Dolorosamente sorprendidos ante la nueva catástro-
fe, hemos proyectado rehacer el número, no dejando
en él ni uno solo de los escritos satíricos de que está
lleno el mismo, rindiendo así un tributo al dolor de la
patria.

Pero nos hemos puesto en comunicación con la lla-
mada opinión pública, y hemos podido adquirir la
triste seguridad de que el nuevo siniestro apenas si ha
conmovido á nadie.

¡Sonemos, pues, nuestros cascabeles, como en los
días de mayor regocijo! ¡Aquí no ha pasado nada!

Una colonia menos, ¿qué importa?

Sí, tiene razón *El Nacional*: no culpemos á nadie, no
pidamos responsabilidades inútiles. Este no es un pue-
blo que se muere; es un pueblo que se suicida.

¡Riámonos, pues!

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.